

HONRAR LA COMPLEJIDAD DE LAS PAREJAS ENSAMBLADAS. UN MAPA COMPRENSIVO Y UNA PROPUESTA TERAPÉUTICA

HONOURING THE COMPLEXITY OF STEPFAMILIES. A COMPREHENSIVE MAP AND A THERAPEUTIC PROPOSAL

Cómo citar este artículo: Cáceres C.(2019) Honrar la complejidad de las parejas ensambladas. Un mapa comprensivo y una propuesta terapéutica. Revista de Familias y Terapias año 28, N°46 Agosto 2019 Páginas 83-106
<https://doi.org/10.29260/DFYT.2019.46E>

CLAUDIA CÁCERES PÉREZ¹

RECIBIDO: 13 DE JUNIO 2019

ACEPTADO: 22 DE AGOSTO 2019

“El desafío de la complejidad consiste en el reconocimiento de las tramas o redes de relaciones, y la imposibilidad humana de agotarlas en el conocimiento”.

Edgar Morin.

RESUMEN

En este artículo se abordan algunas de las dinámicas relacionales más importantes de las parejas ensambladas, que dan cuenta de las especificidades que deben ser consideradas en el acompañamiento terapéutico de ellas, especialmente las relativas a la parentalidad ensamblada y su relación con la calidad de la relación de pareja. Se parte de la base de que una terapia exitosa requiere, por parte del terapeuta, del conocimiento de su particular configuración y que la intervención sea coherente con la especificidad central, que es que los procesos de pareja y familia están, desde el inicio, íntimamente entrelazados en un entramado relacional que puede ser distinguido, pero no separado. Se abordan los focos específicos del trabajo con la pareja de un modelo de terapia de ensamblaje que incluye las dimensiones familiares e individuales además de los de pareja, las tres hebras centrales del entramado relacional del ensamblaje.

PALABRAS CLAVES

Pareja ensamblada, parentalidad ensamblada, vínculos ensamblados, terapia de ensamblaje.

¹ **Claudia Cáceres Pérez;** Psicóloga Pontificia Universidad Católica de Chile. Especialista en Psicoterapia y Supervisora acreditada. Terapeuta Familiar y de Parejas del Instituto Chileno de Terapia Familiar. Miembro del equipo de Terapia Familiar en procesos de separación y familias ensambladas IChTF. claudiacaceres@gmail.com

SUMMARY

This paper addresses some of the most important relational dynamics of stepfamilies and the specificities that must be taken into account during the therapeutical process, especially issues relating to stepparenting and their relationship to the quality of the couple's relationship. The article is based on the premise that in order to conduct a successful therapy, the therapist must have a thorough knowledge of the stepcouple's particular configuration and that the intervention must be coherent with the central specificity that, from the very beginning, couple and family processes are closely intertwined in a relational tapestry that can be distinguished but not separated. This article describes the key issues that must be addressed in a specific therapeutic model for stepfamilies and stepcouples that includes the family, individual and couple dimensions, the three main threads of the stepcouple's relational tissue.

KEYWORDS

Stepcouple, Stepparenting, Steprelationships, Clinical Work with Stepouples and Stepfamilies.

INTRODUCCION

El término "Ensamblada" es utilizado para hacer referencia a familias en las que alguno de los miembros de la pareja tiene hijos de una relación previa, por lo que en ella conviven relaciones formadas por lazos sanguíneos y no sanguíneos.

Habitualmente, se tiene la idea de que la conformación de esta nueva familia surge a partir de una pareja en la que al menos uno de sus miembros ha estado casado o conviviendo antes, y cuya relación terminó. Es cierto que una parte importante de las parejas ensambladas tienen esta característica -la separación de hecho o el divorcio como antecedente; sin embargo, el ensamblaje alude a la conformación de una familia en la que existen uno o más hijos de relaciones previas, de uno o ambos miembros de la pareja, independientemente de si hubo o no matrimonio, si hubo o no una relación estable de pareja antes o de si la pareja convivió o no. No se requiere que ambos miembros de la pareja aporten hijos de una relación previa o que vivan con ellos; que la pareja actual cohabite tampoco

es condición para ser una "Pareja Ensamblada". Basta que uno de los dos miembros de la pareja tenga al menos un hijo de una relación anterior, pues las dinámicas que se desprenden de ese hecho se despliegan siempre, aún cuando con matices, según cuál sea la configuración específica.

Hay literatura significativa respecto de las características generales y dinámicas de las familias ensambladas; sin embargo, es escasa la literatura especializada que pone el foco en la pareja ensamblada, en tanto una particular configuración, que requiere de una mirada y consideraciones terapéuticas específicas. La mayoría de esta literatura está dedicada al funcionamiento de la familia, y presta más atención a los problemas del padrastro o madrastra que a los problemas del éxito conyugal, pese a que este vínculo es igualmente importante para apoyar el éxito de padrastros y proporcionar a la pareja una base sólida para la familia (Gold, 2016).

Esta situación no es menor, toda vez que

las parejas ensambladas, en la actualidad, representan una proporción significativa y creciente de las organizaciones familiares, así como de las consultas terapéuticas individuales, de pareja y de familia. Cada vez es más frecuente que el ensamblaje esté presente directa o indirectamente como motivo de consulta en las salas de los profesionales, independientemente si éstos son o no terapeutas de familia o parejas. Durante este siglo serán la configuración familiar más frecuente.

Si bien las parejas ensambladas tienen características que las diferencian de otro tipo de parejas, y por tanto tienen dinámicas relacionales específicas, la terapia, hasta el momento, tampoco ha considerado suficientemente estas particularidades, que son las que pretende resaltar este artículo. Papernow (2018) señala que “son pocos los terapeutas que reciben un adecuado entrenamiento para el trabajo con las intensas y complejas dinámicas creadas por la estructura e historias de las familias ensambladas. Esto, a pesar de que son una forma de familia diferente fundamental, que ocurre en todas partes del mundo. Como resultado de esto, muchos clínicos se entrenan en modelos familiares de primer matrimonio. Esto no es sólo poco útil, sino que a menudo, es inadvertidamente destructivo” (p. 1).

Michaels (2007), en la misma línea, señala que “los terapeutas deben tener conocimiento de la literatura existente acerca del ensamblaje y las familias y parejas ensambladas y ser capaces de distinguir entre las problemáticas típicas que se pueden encontrar en los primeros matrimonios de aquéllas que aparecen en las parejas ensambladas” (p. 126).

Existe evidencia, además, que la terapia puede no ser exitosa si es que los terapeutas no están al tanto de los desafíos

particulares que enfrentan estas parejas, o si creen que las reglas y roles que se aplican en los primeros matrimonios se aplican igualmente a las parejas ensambladas.

En este contexto, constituye un imperativo ético no solo conocer e identificar las dinámicas específicas de las parejas ensambladas y, en cada caso, comprender cómo se articulan para dar cuenta de la particular organización y desafíos de estas parejas, sino que, además, integrarlas de manera coherente en una práctica clínica acorde a esta realidad y al complejo entramado relacional que se deriva de ella.

Dinámicas relacionales de las parejas ensambladas

La parentalidad ensamblada

La experiencia clínica muestra que la mayoría de las parejas ensambladas que consultan a terapia evalúan que su relación es buena y que el problema radica en las relaciones con los hijos y en el establecimiento de límites adecuados que permitan dar un lugar prioritario a la relación de pareja, sin descuidar a los hijos (Chong, 2013). Esta es probablemente una de las primeras especificidades de estas parejas: la relación está fuertemente interferida por las dificultades en el ejercicio de la parentalidad con hijos e hijastros, siendo muy difícil “desenredar” las dinámicas que son propias del hecho de ser parejades aquellas que tienen que ver con haberse constituido desde el inicio con uno o más hijos de relaciones anteriores.

De esta característica, el entramado apretado de las dinámicas de pareja y de familia, se desprenden las principales dinámicas relacionales que caracterizan a las parejas ensambladas.

Recalco la idea de dinámicas

relacionales, omitiendo deliberadamente definir las como problemas o dificultades, para contribuir a la mirada de estas parejas y familias desde sus especificidades y tareas propias, que pueden llegar a convertirse en una dificultad si no son adecuadamente enfrentadas. Lamentablemente, el devenir de la visibilización de esta particular configuración familiar ha estado históricamente saturada de imágenes negativas que han contribuido a la construcción social de definiciones desvalorizadas, que se traducen en sufrimiento para quienes forman parte de ellas. Los cuentos de los hermanos Grimm son un ejemplo de la socialización que muchos de nosotros hemos tenido, en relación a las dinámicas del ensamblaje, confundiendo la disfuncionalidad de aquellas que son reflejadas en estas narraciones con la “normalidad” o características propias de estas parejas y familias. “En los cuentos de hadas, las madrastras son malvadas y el rol de los padrastros no es menos peligroso, generalmente se los describe como potenciales violadores de las hijastras o abusivos con los hijastros” (Berstein, 2000, p. 18).

Estos supuestos operan como prejuicios, definen expectativas y aparecen como obstáculos que dificultan el proceso de quienes forman parte de él. Sin embargo, desde la idea de especificidades, cabe lo que plantea Martínez (2013), en relación con ayudar a estas parejas a “pensar que las tensiones que aparecen en su dinámica son esperables en una organización que se encuentra en intenso movimiento y cuyo desarrollo se va tejiendo paulatinamente, diferenciándose del “modelo” de familia aún fuertemente instalado en el imaginario social: la familia nuclear propia de la modernidad” (p. 46).

La investigación indica que la igualdad

de poder ayuda a las parejas a desarrollar intimidad y a tener una relación exitosa, siendo cada vez más frecuente que las parejas deseen relaciones igualitarias y de colaboración (Knudson-Martín, 2013). En el caso de las parejas ensambladas, es frecuente que haya una diferencia de poder asociada a la paternidad o maternidad desde el inicio de la relación. Esto implica un desequilibrio en las dinámicas de poder que muchas veces no se logra resolver adecuadamente e interfiere la relación significativamente, haciendo difícil el establecimiento de la paridad de sus miembros y, con ello, de la igualdad de valor que permite que la relación sea vivida desde la experiencia de la justicia relacional. Esto es muy relevante pues los desequilibrios de poder pueden ser destructivos en las relaciones de pareja. Knudson-Martín (2013) sostiene que “la capacidad de las parejas para resistir el estrés, responder al cambio y mejorar la salud y el bienestar depende de que tengan un equilibrio de poder relativamente igual” (p. 5).

En las parejas ensambladas en las que solo uno de ellos tiene hijos, es evidente la desigualdad: uno de ellos es madre o padre. En otras, ambos miembros de la pareja aportan hijos de relaciones previas, y aparentemente, estarían en una condición de igualdad. Sin embargo, las dinámicas de poder suelen ser también desiguales, ya sea por la cantidad de hijos que tiene cada uno, por el tiempo en que cada uno de ellos ha sido padre o madre, por quién de ellos vive permanentemente con sus hijos, entre otros.

La mayoría de los enfoques en terapia de pareja funciona como si los miembros llegaran con el mismo poder al terreno de la relación (Leslie & Southard, 2009; Lyness & Lyness, 2007; Williams & Knudson-Martin, 2012, como se citó

en Knudson-Martín, 2013), y si esto en general nunca es cierto, menos cierto es en el caso de las parejas ensambladas, pues la experiencia de la maternidad/paternidad previa y el ejercicio de la parentalidad se dan en un desbalance que constituye un desequilibrio en la dimensión del poder, desde el inicio de la relación, lo que tiene un impacto fundamental en las dinámicas relacionales que es necesario que sea reconocido e integrado.

En el caso de las parejas en que ambos aportan hijos, el poder habitualmente se tiene respecto de los hijos propios y no de los hijos de la pareja. Ahí, el desequilibrio de poder está asociado a la convivencia o no en la casa familiar de los hijos de uno y otro, a quién ejerce la manutención de los hijos y de la vida familiar, a la propiedad del espacio físico en que habitan (quién es dueño/a del hogar en que viven), a los años de “experiencia acumulada” en la parentalidad, y a la percepción de competencia en el rol parental propio y del otro.

El necesario equilibrio se logra en la construcción de la Parentalidad Ensamblada, que es el ejercicio coordinado de las tareas parentales entre padres/madres y padrastros/madrastras. La Parentalidad Ensamblada reconoce y articula las funciones parentales que corresponden a los padres biológicos, en interacción con las funciones parentales asumidas por los miembros de la pareja ensamblada que tienen vínculos no sanguíneos con los hijos/as de sus parejas.

Una adecuada parentalidad ensamblada debería permitir la participación de ambos miembros de la pareja en el cumplimiento de las funciones normativas, nutritivas y materiales, respecto de los hijos que aporta cada uno a la relación, posibilitando un balance de poder relativamente igualitario y la

corresponsabilidad en el desarrollo de los miembros que forman parte de la familia a que ha dado origen la relación de pareja.

Así, el logro de la parentalidad ensamblada constituye uno de los factores fundamentales de éxito de las parejas ensambladas, pues si en cualquier caso la crianza y la parentalidad es una tarea de altísima demanda y en la que la pareja se juega parte importante de sus esfuerzos, el buen ejercicio de la parentalidad, en las parejas ensambladas, está íntimamente relacionado con la satisfacción marital y con la estabilidad del vínculo. Implica un mayor estrés parental que para los padres biológicos, siendo las madrastras quienes experimentan niveles especialmente altos de estrés parental (Shapiro, 2014).

Calidad de la relación de pareja y el ejercicio de la parentalidad ensamblada

Es fundamental tener en cuenta la relación que existe entre la satisfacción marital y el ejercicio de la parentalidad en las parejas ensambladas. Esencialmente, es la parentalidad ensamblada la que predecirá la calidad de la relación de pareja. (Feinburg, Kan, y Hetherington, 2007; Schoppe-Sullivan, Mangelsdorf, Frosch, y McHale, 2004, como se citó en Schrodtt & Braithwaite, 2011).

Consistentemente, las parejas ensambladas que ejercen la coparentalidad de modo apoyador y cooperativo están más satisfechas con su relación de pareja y reportan menos problemas de salud mental (Schrodtt & Braithwaite, 2011).

Resulta interesante pensar en la estrecha relación entre la parentalidad y la satisfacción de las parejas ensambladas, a partir del estudio reportado por Susan Pacey (2005), quien estableció la conexión existente entre los desafíos parentales, la satisfacción marital y la intimidad sexual.

En estas parejas, la díada adulta es una de las relaciones más nuevas y posiblemente más vulnerables, en gran parte porque la pareja no ha tenido tiempo libre para construir un terreno común, comprensión mutua y aceptación. Es frecuente encontrar que la intimidad y la sexualidad tengan un deterioro importante con la convivencia de la pareja, pues se inicia simultáneamente con la convivencia con hijos e hijastros. Los espacios de pareja, sin hijos, se reducen drásticamente, aparecen y/o se agudizan las tensiones asociadas a la parentalidad y emergen efectos con los que es difícil, pero imprescindible lidiar, como los sentimientos de exclusión.

Papernow(2015) señala “Justo en el momento en que la nueva pareja ensamblada busca una deliciosa conexión, estos desafíos (de la parentalidad) colocan a los padres/madres y a los padrastros/madrastras en posiciones fundamentalmente diferentes, que crean rupturas constantes del apego. En un momento en que los niños necesitan especialmente de adultos sintonizados con ellos, esta estructura familiar coloca tanto a los padres y madres como a los padrastros y madrastras en una situación difícil con los niños” (p.468).

Las parejas que desde el inicio de la relación se plantean la coparentalidad ensamblada como un objetivo de la vida en común, transitan mejor desde la vida en pareja, sin vivir con los hijos- hijastros, a la vida en familia, y pueden mantener mejores niveles de intimidad, así como una mejor vida sexual.

Sin embargo, no es tarea fácil lograr esta integración, especialmente cuando la maternidad o paternidad se ha ejercido sin - o con escasa participación- del padre o madre que no vive con los hijos. En estos casos, el estrecho vínculo parento-filial, que por lo mismo a veces

tiene características de fusión, dificulta la incorporación y participación de la nueva pareja en las funciones parentales. Compartir la parentalidad con la nueva pareja es un proceso que debe ser gradual y toma tiempo, y no siempre está en los planes de uno o ambos miembros de la nueva relación y, casi nunca, está en los de los hijos.

Como señala Papernow(2018), “las líneas de conexión profunda se encuentran entre los padres y sus hijos, no en las parejas ensambladas o en las relaciones de padrastro-hijastro” (p. 2). Por tanto, los vínculos ensamblados, o sea los vínculos no biológicos, partiendo por la relación padrastros/madrastras/hijastros /hijastras, deben ser construidos en un proceso que toma tiempo y en el que los vínculos biológicos se deben abrir a la participación de los vínculos no biológicos y viceversa. En este proceso, las dinámicas de poder son esenciales y compartirlo en pareja, una tarea insoslayable.

El poder y el dinero en las parejas ensambladas

Una buena coparentalidad es imprescindible para el logro de una relación de pareja ensamblada, en la que ambos miembros se sientan válidos y validados. Esto no solo requiere el ejercicio de un rol con hijos e hijastros, que dé cuenta de dinámicas de poder saludable en la pareja, en relación con ellos, pues hay evidencia respecto de otros elementos que aportan en esto. Por ejemplo, en las parejas en las que el dinero y la administración de las finanzas es compartido, tiende a haber mayor igualdad entre ellos, en términos de control y acceso a las finanzas, así como en otras áreas de la relación que no tienen que ver con el manejo del dinero. Garneau, Higginbotham y Adler-Baeder (2015) dan

cuenta que las parejas ensambladas, que sostienen la creencia que el dinero debiera ser compartido, reportaron un mejor funcionamiento de la relación que quienes no tenían esa creencia.

Se ha observado que quienes eligen compartir el dinero presentan niveles altos de compromiso y unión familiar, siendo probable que, en aquellos que suscriben la creencia que las finanzas debieran ser conjuntas, compartiendo al menos parte de su dinero en un segundo matrimonio, pueda simbolizar un mayor compromiso con la familia como un todo, y no solo con los propios hijos biológicos (Coleman y Ganong, 1985, 1990, como se citó en Garneau, Higginbotham y Adler-Baeder, 2015).

La relación entre dinero y poder se pone en juego a favor de las parejas que, al compartir las finanzas, se hacen cargo, de manera conjunta, del proyecto que los unió, equilibrando la dimensión del poder a través de la corresponsabilidad en la coparentalidad y en su cofinanciamiento.

Falke & Larson (2007) reportaron como los principales factores asociados con la calidad de la relación de pareja ensamblada, los roles de los hijastros e hijastras, la complejidad de la familia ensamblada, el apego emocional con la ex-pareja y la tensión económica. Los predictores asociados a alta calidad de la relación de pareja ensamblada incluían asimismo el consenso de la pareja en tópicos importantes, el apoyo de familiares y amigos y la estabilidad económica.

Nuevamente, el tema económico resalta como un factor muy relevante, lo que sin duda tiene importancia para la terapia, especialmente si tomamos en cuenta que no es infrecuente que los terapeutas consideren insuficientemente el tema del manejo de las finanzas de las parejas como tema de terapia. Atwood

(2012) plantea que hablar de dinero en el matrimonio es el último tabú y que las parejas prefieren hablar de sexo o infidelidades, en lugar de cómo manejar las finanzas familiares o la cantidad de dinero que ganan. Si esto hace referencia a las parejas en general, es fácil imaginar la dificultad que significa para las parejas ensambladas.

Creencias de las parejas ensambladas exitosas

Si las creencias acerca de las finanzas y su manejo en las parejas ensambladas pueden ser especialmente importantes para su buen funcionamiento, hay otras que también han mostrado ser cruciales.

Las creencias acerca del éxito de una familia ensamblada parecen ser especialmente importantes para la calidad de la relación de la pareja ensamblada. Higginbotham y Agee (2013) sugieren que las expectativas pesimistas con respecto al éxito de los segundos matrimonios pueden ser indicadores significativos de una menor calidad de la relación, especialmente cuando son los hombres quienes suscriben dichas creencias.

¿De dónde viene el pesimismo respecto de las parejas ensambladas? Probablemente son varios los factores que inciden en esto, entre ellas, la ya mencionada tradición de cuentos de madrastras malas y padrastros perversos; de las estadísticas de separación de las parejas ensambladas, superiores a las de las parejas de primer matrimonio; de las experiencias de fracaso de estas parejas conocidas en las familias de origen (las experiencias de éxito hasta hace muy poco no se reconocían como tales), pero esencialmente de la valoración social que aún se hace en la mayor parte del mundo de la familia nuclear (formada por padre

y madre con hijos biológicos de ambos).

Una mirada de la pareja ensamblada implica comprender que el modelo clásico de ciclo vital de la pareja no es un modelo que dé cuenta de la evolución de una pareja ensamblada. La pareja que se conforma desde la etapa del enamoramiento, incluyendo de alguna manera la parentalidad, tiene otros desafíos.

Como señala Linares (2010), “En la fase de enamoramiento, por regla general, aún no existen hijos de la pareja. Y menos mal que es así, porque el mundo relacional en ese momento está tan limitado a la propia pareja, que los hijos se las verían y se las desearían para hacerse percibir por sus padres. De hecho, es lo que ocurre en las situaciones especiales en que sí existen hijos de padres “enamorados”... En tales circunstancias, los hijos, o al menos alguno de ellos, pueden sentirse olvidados por sus padres, acumulando vivencias de desconfirmación” (p. 79).

En el ciclo de la pareja, el amor propiamente dicho corresponde a la etapa de plenitud y madurez de la relación de pareja, “en la que ésta se consolida y se hace compatible con la vida en sociedad y con las actividades creativas” (Linares, 2010, p. 76). La parentalidad “debería” hacer su entrada en este momento; sin embargo, las parejas ensambladas deben transitar desde la etapa del enamoramiento junto a sus hijos, por lo que la aceptación y el reconocimiento del otro, como ingrediente esencial para la construcción de una relación de pareja madura, incluye al mismo tiempo la aceptación de la maternidad o paternidad de quien se ha elegido como pareja.

Michaels (2006), al referirse a los factores que contribuyen al éxito de una familia ensamblada, señala que los miembros de la pareja exitosa sabían que

cuando ellos aceptaban al compañero en sus vidas, también aceptaban a sus hijos; se consideraba al “paquete completo”. Los hallazgos de su investigación dan cuenta de que estas parejas desarrollaban un fuerte sentido de familia desde el principio, y que ponían mucho esfuerzo en la formación de la familia, a través de la creación de la historia familiar, la realización de actividades familiares especiales, pasando tiempo juntos, creando vínculos entre sus miembros, desarrollando tradiciones y, finalmente, creando un sentimiento de identidad familiar. Señala también que entre los factores de éxito para el ensamblaje está el que los miembros de la pareja inicien la relación con la idea de “compromiso conjunto” y “sentido de familia”, compromiso que se expresaba en la pareja, en relación con las interacciones entre ellos, así como con la familia extensa (p. 58).

En las parejas ensambladas, la relación se construye desde el primer día, en el entramado de las relaciones de pareja y de familia, simultáneamente. Es una relación en la que la unidad relacional mínima es cuatro: una pareja, al menos un hijo o hija de uno de ellos y un padre o madre con el que ese hijo o hija puede o no tener relación, puede o no verlo, incluso puede o no estar vivo, pero es siempre presencia emocional, y como tal, participa en las dinámicas relacionales de la pareja y de la familia.

Quienes forman pareja, entusiasmados por la idea de la ausencia del padre o madre del hijo/a de su pareja, o con la idea de que es posible “dejar fuera” todo aquello que tiene que ver con ese padre o madre o que los límites entre un núcleo (familia materna) y otro (familia paterna) pueden ser impermeables, tendrán dificultades importantes para sortear los desafíos de construir familia y de formar

una pareja estable, pues la realidad no es que deberán coexistir con la presencia de una madre o padre y sus familias, sino que deberán hacer los esfuerzos necesarios para desarrollar vínculos colaborativos por el bien de los hijos, que es también el bien de la pareja ensamblada.

Es probable que las tasas superiores de rupturas de estas parejas, respecto de las de primer matrimonio, tengan que ver con el fracaso en la aceptación del término “ensamblada”, que en realidad es mucho más que un adjetivo calificativo del sujeto pareja. El sujeto es la pareja ensamblada, que por definición incluye hijos de otra relación, y la imposibilidad para algunas de ellas de vivir esta pareja y familia como diferente de las parejas y familias nucleares, pone en jaque el éxito de la relación. El fracaso se asienta en la fantasía de que es posible forzar una estructura y vínculos a un molde que responde al modelo de pareja y familia que se forma a partir de una pareja sin hijos.

Las parejas que transitan por el camino de llegar a lo que se denomina el “Ensamblaje Integrado” (Papernow, 2007) se plantean, desde la etapa inicial, los temas propios de la naturaleza de su configuración, y se hacen la pregunta por los vínculos ensamblados. ¿Cómo será esto?..¿Resultará?..¿Cómo se relacionará mi pareja con mis hijos?..¿Se la podrá?... ¿Podré querer a su hijo? Avanzan mientras van surgiendo las diferencias y transitando por el duelo que significa el reconocimiento que siempre es más difícil de lo que se pensó, y que la complejidad del proceso se dimensiona solo una vez que se está inmerso en él. Se va haciendo evidente lo irreal de las expectativas iniciales y la pareja enfrenta la exigencia de compartir una experiencia en la que, al mismo tiempo, se acompañan y se

frustran.

La flexibilidad de los miembros de la pareja es siempre esencial para salir airoso de este proceso, especialmente cuando se inicia la convivencia, pues ésta agudiza todos estos procesos y el desafío se hace aún mayor, en la medida en que el sistema entero se tensiona y las expectativas de el o los hijos empiezan a jugar un papel más importante en la dinámica de la relación de pareja. Tal como lo señala Fernández (2013) en su artículo, “Los hijos del otro, Amores contrariados”, el resultado de la nueva unión dependerá en gran medida de la capacidad de los miembros de la pareja de ser flexibles.

Hay evidencia que muestra que las parejas que tienen creencias menos tradicionales acerca de los roles de género en la familia, enfrentan de mejor manera las exigencias del proceso y experimentan menos estrés en la parentalidad ensamblada (Shapiro, 2014). Esto les permite ser flexibles en las definiciones de los roles que tendrán en los vínculos ensamblados, y encontrar soluciones más creativas y ajustadas a la realidad particular de la familia que han formado.

Además, con la convivencia se tensionan las definiciones que hasta ese momento eran más bien teóricas, por ejemplo, el rol que cada uno esperaba que tuviera la pareja, en tanto madrastra o padrastro, y muy habitualmente se ven frustradas las expectativas de tener espacios de pareja sin hijos/hijastros, y alejados de las funciones parentales. Mientras más rígida es la expectativa de la pareja, en cuanto a separar la vida de pareja de la vida de familia, mayores dificultades tendrán para ser flexibles frente a las demandas de la vida conjunta.

La convivencia y la inclusión de los hijos de manera permanente en la vida de la pareja es una exigencia que no todas

las parejas pueden salvar. Frases como “somos una pareja ideal, hasta que llegan sus hijos” dan cuenta de esta situación. En este punto, la pareja puede empezar a cuestionar la decisión de haber iniciado la convivencia, y a partir de la toma de conciencia realista de lo que se trata, algunas parejas deciden terminar con la relación. Cuando esta decisión es fruto de la conciencia de que no están dispuestos o no podrán aceptar la realidad que impone el ensamblaje, es una dolorosa, pero necesaria decisión, que puede evitar años de sufrimiento, tanto para las parejas como para los hijos involucrados.

Padrastros y madrastras. Los vínculos ensamblados

Para la mayoría de las parejas ensambladas, encontrar un rol definido para padrastros y madrastras es un importante desafío. Si bien las características de personalidad y recursos emocionales de los adultos juegan un rol importante en esta tarea, es la naturaleza ambigua de estos roles lo que la hace compleja en sí misma (Gibson, 2013).

Los miembros de la pareja ensamblada deben ir definiendo el rol que esperan y que tendrán respecto de los hijos del otro, proceso que se va realizando de manera dinámica, en la medida que se va construyendo el vínculo emocional con el o los hijos de la pareja. Del mismo modo, en el proceso, cada uno va tomando conciencia de sus propias posibilidades y límites para el ejercicio del rol, y juntos se abocan a la tarea de desarrollar estrategias de resolución de los conflictos, asociados a las diferencias en el ejercicio de la parentalidad, al manejo de la desigualdad de poder que surjan, a buscar acuerdos respecto de estilos de crianza y tradiciones familiares, al modo en que deben o no

participar los miembros de los otros núcleos de la familia ensamblada (padres o madres, abuelos, tíos, etc.), y a los roles que jugarán en la vida de la pareja y la familia ensamblada.

La gradualidad de este proceso y la necesidad de tiempo para ello son dos ideas fundamentales que a veces no se consideran suficientemente, por la intensidad y entusiasmo de la relación de pareja.

Es importante que las parejas pongan sobre la mesa los sentimientos de validación y legitimidad en la relación con el otro. Ambos- quien tiene hijos, y quien no- deben sentirse respetados y considerados por el otro en sus necesidades. No es infrecuente que el miembro de la pareja que no tiene hijos de una unión anterior se sienta no reconocido y sin un lugar claro y definido en esta nueva familia (Zeballos, 2013), del mismo modo que quien aporta hijos de una relación previa se vea enfrentado a duros dilemas que debe resolver, pues quien tiene hijos tiene además la responsabilidad de poner en la trama relacional de la pareja las necesidades de éstos, así como las de sí mismo en tanto padre o madre.

Estas ideas son consistentes con la evidencia que arrojan los estudios de pareja en general, los cuales dan cuenta que la capacidad de la pareja para proteger el vínculo y legitimar al otro en las dificultades, es más relevante en términos pronósticos, que la solución concreta de un problema (Tapia, 2001).

Duelo y ensamblaje

Cuidar el vínculo de pareja, legitimar y dar cabida en la relación a las necesidades del otro, no es tarea simple en el contexto de los vínculos ensamblados, especialmente cuando el duelo por el

término de la relación de pareja aún está en proceso. En estricto rigor, debo decir “los duelos”, pues las pérdidas asociadas al término de una relación cuando hay hijos, son múltiples y de diferente tipo: la pérdida de una pareja, de la sensación de continuidad de la existencia, de una forma de vivir en familia, de la familia nuclear, de las rutinas, e incluso a veces de espacios físicos mediatos e inmediatos que son significativos para adultos y niños. Con estas y otras pérdidas deben lidiar todos los miembros de la familia, y elaborarlas para dar cabida a redefiniciones individuales y colectivas, así como a la construcción de una organización nueva de pareja y familia.

La literatura de familias ensambladas documenta que los adultos y los niños por igual continúan lidiando con el “viejo duelo” en su nuevo contexto familiar, y que “traen sus pérdidas a este nuevo contexto” (Wood, 2015). Hecho que es más relevante si se considera que la mayoría de las parejas ensambladas se forman habiendo transcurrido poco tiempo (o ninguno) desde el término o pérdida de la relación de pareja anterior, encontrándose en las etapas iniciales o medias del proceso de duelo. Esto hace que se superpongan, para todos los miembros involucrados, dos procesos de carácter opuesto: el duelo por la pérdida y la construcción de una nueva relación de pareja.

El intenso enamoramiento y el deseo –no siempre consciente- de reparar las heridas de las pérdidas vividas en las relaciones de pareja previas, pueden interferir en el curso de los procesos de duelo, y contribuir a generar un manto que invisibilice las necesidades tanto de los hijos (propios y de la pareja), como a postergar o minimizar algunas necesidades de los adultos, relativas a su paternidad/maternidad.

Dado que “la pérdida de la relación de pareja representa un gran impacto en la individualidad, más allá de la evaluación de los costos de seguir vinculados o incluso de los afectos o de la ausencia de afectos” (Cáceres, Manhey y Vidal, 2009, p. 44), se entiende que la ilusión puesta en la nueva relación y en la nueva pareja pueda llevar a quienes quieren sanar esas heridas a no dar el lugar que la propia paternidad/maternidad y sus hijos requieren, renunciando a aspectos importantes del cuidado emocional de ellos, en pos de mantener la relación de pareja que, a la vez, se pone en jaque ante los desafíos de la parentalidad.

He aquí un punto central ético y clínico. En mi perspectiva, la paternidad/maternidad no es renunciable. O al menos, no debería serlo. Menos aún con la justificación de sostener una relación de pareja que no es capaz de hacerse cargo de la existencia y cuidado de los hijos previos. Conuerdo con Fernández (2013) cuando señala que “aceptar a los hijos del otro, implica aceptar y respetar al otro en cuestión, en sus diferencias. Sin críticas, sin reproches ni señalamientos. Sin pretender enseñarle cómo se educa a un hijo. Sin entrar en competencia, ubicarse como padre/madre, adulto, comprensivo, sostenedor, pedagogo. Capaz de dar y recibir” (p. 28).

Un duelo inconcluso puede estar a la base del deseo de “volver a ser una familia nuclear”, de la negación de la realidad compleja que implica el ensamblaje y, por tanto, de las dificultades para pensar la parentalidad ensamblada como una tarea que involucra tanto a padres y madres como a padrastros y madrastras.

Compartir, colaborar, apoyar y aportar a la crianza conjunta de los hijos, que forman parte de la familia ensamblada, es tarea ineludible para los miembros de

la pareja si quieren construir juntos un proyecto duradero. Cuando el padrastro o madrastra no está disponible para asumir dicho rol, cuando la crianza y la parentalidad se convierten en el escenario de disputas de poder, o el padre o madre no acepta la participación de su pareja en el ámbito de la parentalidad, la relación de pareja se resiente, predominando los sentimientos de no aceptación, de no tener un lugar digno, de exclusión injustificada y de falta de generosidad en el amor.

Esta tensión, a menudo lleva a desplegar conductas que empeoran aún más la situación. La presencia de los hijos de la pareja es indeseada en el hogar ensamblado, los límites entre la pareja y los hijastros se tornan exagerados y promueven desvinculación, se tiende a fusionar la relación padre/madre hijos y los hijastros se alejan o entran en conflicto franco con el padrastro /madrastra. La pareja habitualmente se culpa mutuamente de esto y hace atribuciones valóricas poco compatibles con el amor declarado como pareja, de lo que se consideran faltas y diferencias. Finalmente, la pareja se resiente y entra en una espiral de conflicto que no sabe cómo resolver.

Estrategias de comunicación y resolución de conflictos

El desarrollo de estrategias de comunicación efectivas y la resolución de conflictos es otro de los puntos centrales de las dinámicas de las parejas ensambladas. Afifi & Schrodtt (2003), identificaron un patrón comunicacional propio de estas parejas, que se caracteriza por la evitación de temas sensibles, una menor comunicación tanto negativa como positiva, y por la retirada que hacen frente al conflicto. Las parejas ensambladas atribuyen la evitación de temas sensibles

a la evitación de la incertidumbre, acerca del estatus y futuro de la relación de pareja (Halford, Nicholson & Sanders, 2007).

Consistentemente, los hallazgos de Wilder (2012) dan cuenta de que las parejas ensambladas muestran una tendencia a evitar hablar acerca de sus historias de pareja, y especialmente de la vida sexual previa, como una manera de proteger la relación y autoprotegerse.

Por otro lado, en las estrategias de comunicación que presentan estas parejas, la incertidumbre juega un papel importante, interfiriendo en los procesos comunicacionales y en la producción de mensajes que afectan a la familia entera (Knobloch, 2008). Para ninguno de los participantes del entramado del ensamblaje hay normas, definiciones y guías claras respecto de lo que es y debe hacer una buena pareja o familia ensamblada. La falta de códigos comunes, compartidos y valorados socialmente, son el marco de la incertidumbre en la que viven y en el que deben ir creando sus propios códigos de bienestar.

La percepción con que se viven las parejas ensambladas es de fragilidad, de ser y estar vulnerables en el medio. Esta percepción tiene que ver con factores de diferente orden, jugando un papel central la composición de la familia ensamblada con vínculos sanguíneos y no sanguíneos. Para muchos de estos vínculos no consanguíneos, no existen denominaciones compartidas en el lenguaje, y las que existen (madrastas-padrastros-medios hermanos) están asociadas a significados negativos e incluso a la idea de vínculos potencialmente destructivos.

Estas relaciones y su organización familiar, las familias ensambladas, no siempre tienen un marco legal que les dé soporte y legitimidad, lo que contribuye a la incertidumbre y ambigüedad del marco

en que se desenvuelven. Las regulaciones en los diferentes países en esta materia son diversas, y van desde la ausencia total de regulación, hasta aquellas que contemplan aspectos como la adopción, la materia alimentaria e incluso la multi parentalidad, con suma claridad; Francia y Reino Unido, por ejemplo (Fernández, 2016).

En Chile, los vínculos ensamblados no están asociados jurídicamente ni a derechos ni a deberes, por lo que tienden a circunscribirse a la convivencia de la pareja, sin mantenerse, o debilitándose, en caso que ésta finalice. Lo mismo ocurre en países como Ecuador, Colombia, Bolivia y México. En Argentina, Perú y Uruguay, por el contrario, las familias ensambladas existen y tienen regulación legal en algunas materias importantes. A modo de ilustración, en Argentina los “parientes por afinidad” es una categoría que corresponde a vínculos como el de padrastro o madrastra con sus hijastros.

Estos vínculos se sitúan en el mismo grado que el suegro/a o yerno/nuera, y tienen los mismos derechos y obligaciones: derechos recíprocos a alimentos y a visitas; existe entre ellos impedimento matrimonial que se extiende en línea recta en todos los grados; están legitimados para denunciar la insania, la inhabilitación y el embarazo del otro. Los padrastros y las madrastras están obligados a denunciar la orfandad de sus hijastros/as, pero están exentos, por ejemplo, de responsabilidades en los casos de hurto, defraudación y daño recíprocos (Contreras, 2006, p. 146).

Desde la perspectiva sistémica y contextual, es muy relevante tener en cuenta el marco social y legal de las parejas ensambladas, para la comprensión de dinámicas como la percepción de fragilidad, la ambigüedad de roles, el estrés de la coparentalidad y la crianza, y las

tensiones en la organización financiera, por mencionar algunos aspectos.

Las parejas ensambladas y su pertenencia a una familia multinuclear

Una de las características asociadas a la complejidad de la pareja ensamblada y a la percepción de fragilidad por parte de sus miembros, es la coexistencia de múltiples núcleos en la familia. Si miramos la familia nuclear como aquella formada por el núcleo que constituyen el padre la madre y los hijos/as biológicos comunes, la familia ensamblada contempla varios núcleos básicos: en una familia ensamblada simple, la pareja ensamblada con los hijos e hijastros; el padre/madre con sus hijos; el de cada miembro de la pareja ensamblada con cada uno de sus hijos: además de varios otros como el de la fratría ensamblada, en el caso de configuraciones ensambladas más complejas. Cada miembro de la familia pertenece simultáneamente a más de uno de estos núcleos. La denominación de familia multinuclear permite poner de relieve la necesidad de mirarla en su complejidad.

Esta complejidad de las familias ensambladas -dada su organización como familias multinucleares- es un importante factor que hace que las dinámicas relacionales tengan especificidades que las diferencian de otras familias. Implica reconocer que las relaciones significativas para los niños y adolescentes involucrados, van más allá de la pareja ensamblada, e incluyen a padres y madres (vivos o muertos, presentes o ausentes); y para los padres/madres, reconocer la pertenencia física y emocional de sus hijos al núcleo de la pareja y familia ensamblada. Implica, además, asumir que en el eje parental y en las funciones parentales

participan directa o indirectamente padres/madres y padrastros/madrastras, y que, si esto no es así, se produce una inconsistencia estructural en la familia que complica la vida de los hijos, que deben funcionar disociadamente y no aceptar la participación de las parejas de sus padres en estas funciones, aunque participen en su vida cotidiana, en sus rutinas, tomen decisiones, entre otros.

Por supuesto, esta inconsistencia tensiona a la pareja ensamblada, que debe resolver la relación entre padrastros/madrastras e hijastros/hijastras de algún modo. No es infrecuente que la “solución” sea excluir a la pareja de toda función parental, y su rol quede implícitamente o explícitamente definido/a como “la pareja de...”. Cuando esta dinámica ocurre en el contexto de la convivencia, los hijos/hijastros quedan en una situación de poder (y de conflicto) complicada de administrar para el adulto, quien sólo tiene autoridad parental sobre algunos miembros de la familia.

La configuración multinuclear debe expresarse en la vida concreta, permitiéndoles a niños y jóvenes que se relacionen y construyan vínculos con cada uno de los núcleos a los que pertenecen, e implica que en la convivencia haya espacio real para estos diferentes núcleos (padre-hijos; madrastra o padrastro-hijastros/as; madre-hijos), incluso momentos para que los padres/madres compartan con sus hijos sin la presencia de la nueva pareja.

Por tanto, la pareja debería aceptar y relacionarse con las madres/padres de sus hijos/as y sus familias de origen, en tantos núcleos emocionales y relacionales relevantes para los hijos. Este desafío requiere tener suficientemente resueltas las historias de pareja previas, y haber desarrollado confianza en el vínculo de pareja actual para no vivir como

amenazante la cercanía e interacción con ellos. A menudo esa es una tarea difícil pues, como señalé, es habitual que la nueva pareja se forme antes o durante el proceso psicológico de separación de la anterior pareja, de modo que los procesos de duelo por esa pérdida y la formación de la nueva pareja, se superponen. Así, resulta frecuente que la interacción con los miembros de los núcleos ensamblados despierten ansiedades y temores que interfieren en la relación de pareja y en el proceso de ensamblaje.

Es habitual que las parejas ensambladas manejen las ansiedades del contacto con los padres/madres de sus hijos de la o las relaciones anteriores, esforzándose por recrear la familia nuclear, haciendo un “recorte” de los miembros y relaciones que pueden amenazar la nueva organización, y/o aumentando excesivamente las fronteras con los otros núcleos, para experimentar la sensación de familia que les resulta conocida y deseada. Aunque sepan que son una pareja y una familia multinuclear, tienden a funcionar como si fueran una familia y pareja nuclear, de primer matrimonio, desplegando estrategias para excluir de la vida de la pareja y de la familia ensamblada los vínculos que les resultan perturbadores y amenazantes, por lo general la madre o el padre de los hijos y su familia de origen, sin considerar que ellos constituyen miembros de algunos de los núcleos significativos de la familia ensamblada de sus hijos.

La expectativa de familia nuclear, como modelo de familia ideal y al que se aspira, es sin duda una de las dificultades más importantes que puede tener una pareja ensamblada, para llevar a cabo adecuadamente el proceso de conformación de una pareja y familia ensamblada funcional y buena para

todos sus miembros. Hacer el duelo por la pérdida de este ideal de pareja y de familia es fundamental para aceptar la nueva conformación familiar que se está creando.

Esta tarea supone enfrentar la incertidumbre propia de estas relaciones. Los estudios revelan que las parejas ensambladas deben lidiar con montos más altos de incertidumbre que las parejas de primer matrimonio (Wilder, 2012). Si bien todas las relaciones de pareja incluyen incertidumbre, con la cual los miembros de ella deben lidiar, es probable que las parejas ensambladas tengan aumentada esta dimensión, asociada en parte a las experiencias previas de haber establecido un hogar y a que cuentan con menos prescripciones sociales para transitar por ese proceso (Ganong y Coleman, 2004, en Wilder, 2012). Las heridas producidas en las relaciones previas, especialmente aquellas relacionadas con la experiencia de separación y divorcio, son fundamentales a la hora de comprender este punto.

Parejas ensambladas y divorcios destructivos

La historia de pérdidas y duelos para varios o todos los miembros de la familia con que se inicia la nueva relación de pareja (la muerte de uno de los miembros de la pareja, la separación conyugal, cambios de residencia y/o colegios, pérdida de contacto con la familia de origen de uno o ambos padres, etc.) trae consigo la superposición de los procesos de duelo que se tramitan simultáneamente. Dado que una gran parte de estas parejas se forman a partir de una separación previa, y que el tiempo que transcurre entre la separación y el inicio de la nueva relación de pareja es menor del requerido para hacer el proceso de duelo correspondiente,

es frecuente que el duelo por la separación se vea interferido por el surgimiento de esta nueva relación, y que esto, a su vez, complejice el escenario relacional para el ensamblaje, instalando desde el inicio la percepción de fragilidad de la relación.

Como señala Davison (2004), en los casos en que el ensamblaje es precedido por un divorcio, su viabilidad depende, en buena medida, de cómo haya sido resuelto y de cómo se haya reorganizado la familia post-divorcio.

Que el ensamblaje sea precedido por una separación conyugal o divorcio no es una dificultad. Es una característica propia de la mayoría de este tipo de parejas y familias. La dificultad surge cuando, producto de la mala resolución del término de la relación de pareja, los padres no logran mantener las funciones de protección hacia los hijos y mantienen una disputa que va en desmedro de las funciones parentales. En estos casos, la separación no representa solo una crisis en el desarrollo del ciclo vital familiar, sino que se transforma en una experiencia traumática en la que se sustituye el patrón básico de protección y cuidado de los hijos por un patrón de maltrato (Cáceres, Manhey y Raies, 2004).

Cuando el ensamblaje se da en el contexto de un divorcio destructivo, las dificultades para avanzar bien en el proceso de constituir una nueva pareja y familia aumentan enormemente, pues las dinámicas ensambladas, ya complejas en sí mismas, se ven teñidas por las dinámicas de destructividad, y todos los miembros de la familia ensamblada se ven involucrados de alguna forma, pues pertenecen también al núcleo de los padres en conflicto y sus hijos, uno de los núcleos de la familia ensamblada. Por tanto, la fantasía de que es posible que el divorcio destructivo no afecte el ensamblaje o transcurra por “la

vereda de enfrente”, nunca es real.

Por ejemplo, la relación paterno-filial, cuando el hijo vive con la madre y su pareja, puede verse interferida cuando la separación no ha sido bien resuelta, si la culpa que siente un padre que ha decidido separarse lo lleva a desplegar estrategias compensatorias en la relación con sus hijos – excesivo apego, intromisión en la organización familiar de la madre, dificultad para poner límites al hijo/a. Estas conductas van a crear tensiones y conflictos en la relación de pareja ensamblada, y afectará la posibilidad de construir una adecuada relación de coparentalidad entre padres y padrastros.

Por otro lado, si se percibe o teme que la pareja no ha resuelto suficientemente la separación de su expareja, se puede ver en los hijastros la amenaza de la reconciliación y los intentos por integración en la coparentalidad del padre o madre, como una señal de este proceso inconcluso. Como consecuencia, a menudo se intenta distanciar a los hijos de sus padres o madres, para proteger la nueva pareja en formación.

Es importante que la pareja ensamblada establezca la relación entre las características del divorcio y las posibilidades de éxito del ensamblaje, y vea en qué medida las dificultades que presentan responden a “ecos” del proceso de separación conyugal, que aún no han sido suficientemente elaborados y que perturban el proceso de conformación de la pareja, determinando un equilibrio precario que, frente a cada tensión, especialmente aquellas vinculadas con la parentalidad, se pierde.

Terapia con parejas ensambladas

Hace más de 20 años, cuando empezaban las parejas y familias

ensambladas a ser materia de estudio e investigación, se señalaba que el apoyo afectivo, la aclaración de las temáticas propias del ensamblaje y el proceso, y la estructura de la terapia eran aspectos importantes en la intervención terapéutica. Sin embargo, las parejas consultantes percibían que la falta de entrenamiento y habilidad del terapeuta, en el tratamiento de las cuestiones específicas de la familia ensamblada, eran un obstáculo importante en la terapia. Pasley, Rhoden, Visher & Visher, (1996) reportaron que el 48.6% (N=267) de los consultados en su estudio identificaron, como el aspecto menos facilitador del proceso terapéutico, la falta de entrenamiento, habilidades y conocimiento acerca de las problemáticas de las familias ensambladas por parte del terapeuta.

Dos décadas después, sigue siendo una realidad que los terapeutas, en general, no hacen un abordaje clínico diferenciado de estas familias y parejas, predominando el enfoque de los factores comunes de la terapia. El punto de partida para la especificidad de la intervención terapéutica es la comprensión de sus dinámicas relacionales, que fue el propósito de la primera parte de este texto. Hecho esto, podemos hacer las primeras distinciones acerca de la terapia y del modelo de intervención que propondré, y que se fundamenta en la caracterización y dinámicas del ensamblaje descritas.

La experiencia clínica da cuenta de que la mayoría de las parejas ensambladas consultan, pidiendo ayuda directamente, en relación con el manejo de los hijos/hijastros (Davison, 2004), o bien por tensiones en el eje de la conyugalidad, a partir de las dificultades en el eje de la parentalidad. En el proceso de la consulta de una pareja ensamblada, rápidamente emergen las dificultades y tensiones que

dan cuenta del estrecho vínculo entre la parentalidad y la conyugalidad. Sin la mirada del ensamblaje, en el terapeuta aparecen tensión y dudas respecto de si trabajar con la pareja o con la familia, dilema binario que surge desde la perspectiva de la familia nuclear, de la pareja de primer matrimonio y de los modelos de terapia convencionales. En esa lógica, se debería definir el foco del trabajo terapéutico y la unidad de atención, ya sea en las dinámicas de la familia o en las de la pareja, según dónde estén las principales dificultades, lo que permitiría definir si la indicación terapéutica corresponde a Terapia Familiar o Terapia de Pareja.

Sin embargo, desde la perspectiva de la multinuclearidad de las familias ensambladas y las especificidades de las dinámicas de las parejas que forman parte de ellas, esta opción no hace sentido. Separar las dinámicas familiares de las de pareja y que esto se traduzca en trabajo o con la pareja o con la familia, tampoco. Hacer distinciones entre ambas dinámicas y articularlas en una comprensión compleja, que integra familia y pareja, resulta en una mirada que hace más coherencia con las especificidades de las relaciones ensambladas.

El Modelo de Terapia de Ensamblaje (MTE)

Para la aproximación al trabajo terapéutico con familias y parejas ensambladas, el Modelo de Terapia en Ensamblaje (MTE), al que haremos referencia en esta segunda parte del texto, surgió a partir de la experiencia clínica, como un modo de intervención terapéutica que parecía coherente con la interdependencia estrecha de las dinámicas de la pareja y la parentalidad en los procesos de ensamblaje. El MTE no

es ni una terapia de pareja ni una terapia de familia, sino una terapia de pareja y de familia a la vez. Es una Terapia en Procesos de Ensamblaje.

Los pasos I y II del proceso terapéutico, a los que haré ahora referencia, forman parte de la fase de evaluación previa a la intervención propiamente tal, y es una etapa crucial en la definición de aspectos que requieren mirada y análisis de los núcleos más relevantes que conforman la familia ensamblada, de la que forma parte la pareja consultante. Por ello, se realiza en una secuencia de al menos cinco sesiones que incluye: una sesión con la pareja, una sesión individual con cada uno de los miembros de la pareja, y una sesión familiar, en caso que haya convivencia. Si no la hay, ésta se reemplaza por una sesión de cada padre con sus respectivos hijos. El proceso de evaluación finaliza con una sesión con la pareja en la que se hace una co-construcción con ellos de las necesidades de apoyo terapéutico que requieren.

Paso I: definir la indicación terapéutica

Un primer aspecto importante para el MTE es diferenciar si la consulta y el foco de sus dificultades es el proceso de ensamblaje o temas derivados de él, o si la consulta es por un motivo distinto, siendo el ensamblaje un contexto relevante para la comprensión de dicho motivo de consulta, pero no la principal dificultad.

Si el ensamblaje es sólo el contexto de una consulta por otros motivos, y las dificultades propias del ensamblaje son secundarias a otros problemas de pareja, la terapia puede transcurrir como una terapia de pareja más o menos convencional, con sesiones de pareja en el marco o enfoque en que el terapeuta desarrolla habitualmente sus

intervenciones. No obstante, el terapeuta siempre debe estar alerta a considerar las especificidades propias de este tipo de parejas en su intervención.

Es importante que la distinción “motivo de consulta o contexto de otra dificultad”, sea hecha en conjunto por el terapeuta y la pareja, en una evaluación que implica indagar, en términos generales, en los focos temáticos ya descritos como específicos del ensamblaje, además de los que se evalúan regularmente en cualquier pareja consultante.

Es necesario construir un consenso con la pareja respecto del significado y atribuciones de las dificultades por las que la familia y la pareja están atravesando, de modo que la indicación, así como la estrategia terapéutica, sea coherente con esta definición consensuada. A veces, llegar a este consenso toma algún tiempo, pero es imprescindible hacerlo antes de definir el plan terapéutico y entrar a la fase de intervención propiamente tal.

Ahora bien, cuando la pareja refiere directamente dificultades en algunas de las áreas que he señalado como procesos relevantes del ensamblaje, y ponen el foco de las dificultades en la vida con los hijos/hijastros o en la relación con las ex-parejas, entonces la terapia será una Terapia de Ensamblaje, y usaremos el modelo MTE como estructura organizadora de la intervención.

Es necesario señalar que, si la pareja ensamblada consultante tiene un patrón relacional altamente conflictivo, con predominio de dinámicas de tipo agresivo, y despliega interacciones maltratantes entre ellos, es necesario, antes de trabajar directamente con el ensamblaje y las dificultades asociadas a este proceso, abordar dicho patrón relacional, con el

fin de generar un contexto que posibilite el trabajo con los temas del ensamblaje. Lo sensible de los temas de ensamblaje hace que la pareja intensifique en sesión las dinámicas de defensividad que hacen riesgoso abordar los temas propios del ensamblaje, sin que la pareja se fragilice y el vínculo se debilite aún más, producto de la intervención en un contexto poco propicio.

Paso II: La elección de los focos ensamblados

El siguiente esquema resume los procesos psicológicos y dinámicas relacionales del ensamblaje que se abordan en la terapia y que constituyen sus posibles focos. En toda terapia se considera el trabajo con cada uno de ellos, pero en función de la conflictiva específica de cada pareja se definen prioridades o focos centrales. En este segundo paso, el terapeuta identifica en cuál o cuáles de éstos propondrá que se centre el trabajo terapéutico.

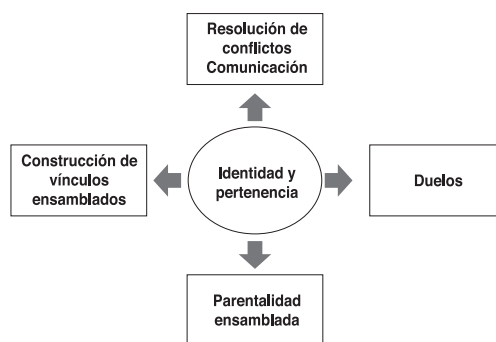


Figura 1. Focos temáticos en la Terapia de Ensamblaje²

² Esquema elaborado por la autora.

Paso III. La trenza terapéutica

Una vez que el terapeuta y la pareja han definido que la terapia será una Terapia de Ensamblaje, y están las condiciones de seguridad para abordarlo e iniciar el proceso, la intervención seguirá el modelo de una trenza³. El eje central será la pareja, y las sesiones con ella se irán alternando con sesiones de familia e individuales, según se requiera en cada caso. De este modo, lo que se “trenza” para la construcción de un nuevo entramado relacional son las “hebras” o “hilos” que corresponden a la pareja, la familia y los individuos (ambos miembros de la pareja).

Esto da cuenta de una premisa fundamental del modelo MTE, que es que la terapia, en coherencia con la organización con la que estamos trabajando, no puede considerar solo a la pareja. Tal como Michaels (2006) señala, la literatura relativa a parejas ensambladas se enfoca en reforzar la relación de pareja, excluyendo el trabajo con toda la familia, lo que no es coherente con lo que las parejas exitosas muestran que les sirve.

Tal como en una trenza, se irán alternando, en una secuencia determinada por el terapeuta, en función del proceso y los focos definidos para la terapia, sesiones con la pareja, con la familia e individuales (cada uno de los miembros de la pareja). La hebra central es la pareja, por lo cual la mayor parte de las sesiones es con ellos. Las sesiones individuales son las menos, y las de familia se definirán de acuerdo a los núcleos que es necesario trabajar o fortalecer (madre-hijos; padrastro o madrastra/hijastros; familia ensamblada).

La forma en que se irán trenzando

estas hebras será, por tanto, específica para cada pareja/familia, y dependerá de cuál sea la configuración de la familia ensamblada y los focos definidos. Esto determinará el momento y el modo en que se intercalarán las sesiones de pareja, familia e individuales.

En este proceso se irá construyendo la identidad de la pareja y la familia como “ensamblada”, y se irá fortaleciendo la pertenencia a esta entidad. Avanzar hacia el Ensamblaje Integrado es la meta de la intervención terapéutica, lo que implica acompañar a estas parejas/familias en el proceso de atravesar por las etapas desde la “fantasía” hasta la “resolución” (Papernow, 2007). Ese acompañamiento habitualmente ocurre en un tramo largo del camino, pues la travesía completa dura varios años.

Consideraciones para el trabajo con la pareja

Como punto de partida, ayuda que la pareja pueda reconocerse como una pareja ensamblada, y contextualizar el ensamblaje como un proceso con etapas y tareas que no se pueden saltar y que difícilmente se pueden apurar sin que tenga importantes costos para la organización futura. La mayoría de las parejas no se identifica como una pareja ensamblada por desconocimiento, por lo que hacer esta distinción los ayuda en el proceso de normalización de muchas de las dinámicas que viven, los alivia y los dispone mejor a abordar las dificultades que los llevaron a consultar. Conocer las características y diferencias respecto de las parejas y familias nucleares los ayuda, “porque ayuda a ver que lo que sienten no

³ Una **trenza** es un tejido o tipo de estructura o patrón que resulta de entrelazar 3 hilos o hebras de algún material flexible pasándolos unos sobre los otros alternativamente y apretándolos.

es raro y que no hay nada particularmente malo en ello” (Burt, 2007, p. 27).

Es importante que la pareja dimensione lo que significa la aventura de formar este tipo de familia en la que deben construir vínculos, intimidad, tradiciones e identidad en un contexto de mucha heterogeneidad, y en el que varios integrantes ni siquiera eligieron ser parte de la aventura (hijos e hijastros). Aventura para la que no hay suficientes mapas de ruta ni códigos compartidos y universales de cómo hacerlo, y los que se usan- los de la familia nuclear- no solo no contribuyen, sino que complican el camino, pues no se ajustan a la realidad de este tipo de familias y parejas.

En las familias ensambladas simples (aquellas en que solo uno de los cónyuges aporta hijos, y por tanto todos los hijos tienen la misma relación biológica con la pareja parental) este proceso es menos complejo que en la parejas que han formado familias ensambladas compuestas (los dos miembros de la pareja aportan hijos y la relación de los hijos con la pareja parental es diferente entre ellos). Es más complejo, también, cuando uno de los miembros de la pareja se ha “saltado” algunas etapas del ciclo evolutivo normativo “esperado” para los individuos y las familias. Por ejemplo, una mujer sin hijos puede tener que asumir la relación con los hijos adolescentes de su pareja, tarea para la cual no necesariamente estaba preparada.

La pregunta por el grado de conciencia de cada uno, respecto de lo difícil de la tarea elegida, produce sorpresa y alivio. Siempre la realidad que vive es más compleja de lo que supusieron cuando iniciaron el camino. Habitualmente, las características del proceso solo se conocen “en la marcha”, en la medida que las tareas y sus dificultades se van enfrentando. Resulta aliviador que un profesional

les confirme que la tarea elegida es real y “objetivamente” difícil, y que las dificultades no son todas atribuibles a inhabilidades o incompetencia de alguno o ambos miembros de la pareja, sino a desafíos y características propias del tipo de pareja que son. Tampoco necesariamente dan cuenta de problemas estructurales de la pareja, sino de dificultades en la organización de la pareja para hacer frente a las exigencias del ensamblaje.

Los miembros de la pareja requieren de un contexto no enjuiciador y contenedor para expresar sus temores y fantasías en relación con el ensamblaje. Sabemos que son parejas que tienden a evitar los temas sensibles por temor a que la relación se fragilice, por lo que es fundamental crear en la terapia un espacio seguro para que puedan conversar y compartir sus miedos. Resulta muy importante que el terapeuta los apoye en la exploración y expresión de estas fantasías que, por ser a menudo vividas como irracionales o ilógicas, no son dichas espontáneamente o son minimizadas, limitando las posibilidades de que el otro miembro de la pareja sea contenedor y despliegue conductas que den seguridad.

En un contexto terapéutico seguro, es posible dar cabida y legitimar ante el otro sentimientos y emociones negativas intensas como los celos (hacia el o los hijos de la pareja), envidia (de quienes tienen familias nucleares o de lo que él o ella tenían en la relación previa), y exclusión (por no pertenecer a uno o más núcleos al interior de la familia ensamblada). Estas emociones y otras deben ser connotadas como naturales y esperables; sin embargo, es necesario distinguir la legitimación de las emociones que subyacen a las conductas, de la legitimación de las conductas dañinas que se hacen en nombre de ellas. Es fundamental hacer esta distinción

en las sesiones, pues en ese contexto es posible cuestionar conductas y favorecer que aparezcan “sentimientos positivos” detrás de dichas conductas. Por ejemplo, tras el descontrol que una mujer tiene frente a la cercanía del marido con su ex – esposa y los deseos de que él deje de tener contacto con ella, es posible encontrar la angustia ante la incertidumbre, el temor a la fragilidad de la relación y a la pérdida de la pareja, y el deseo de sentirse importante y elegida por parte de la pareja actual. A partir de las emociones ligadas a la experiencia de vulnerabilidad se intenta que el otro pueda empatizar, dar seguridad y, eventualmente, hacer algunos cambios razonables en conductas que pueden ser interpretadas como amenazantes para el vínculo.

En el proceso de disminuir la evitación y abrir la comunicación en las sesiones, la pareja puede ir construyendo un vínculo más seguro, disminuyendo la sensación de amenaza que predomina, especialmente si las historias de separación previas están aún cercanas en el tiempo o no han sido suficientemente elaboradas.

El fortalecimiento del eje conyugal como consecuencia de ese proceso -que seguramente se ha dibujado insuficientemente ante la necesidad de conformarse simultáneamente como familia- permite que la pareja concilie los espacios de familia con los de pareja, y negocie las diferencias que se producen frente a la parentalidad, disminuyendo la tensión con que viven la cotidianeidad, especialmente cuando están con los hijos/hijastros. Habitualmente estas parejas han tenido, previamente a la convivencia, un período de intensa vida de pareja, especialmente sexual, pues a menudo alternan períodos en que ambos están sin los hijos/hijastros. En esa etapa, los momentos de vida en pareja son muy intensos y ambos resienten el cambio que se produce en

esta área, por la convivencia. Ayudarlos a normalizar esto y a evitar que disocien la vida de pareja de la parentalidad es importante función terapéutica. Se sigue siendo padre o madre aún cuando los hijos estén en su otra casa.

Tal como señalé en la primera parte, habitualmente hay un miembro de la pareja que siente que ha “renunciado más” que el otro al haber formado la familia ensamblada, produciéndose una búsqueda de equilibrios a través de conductas compensatorias. La pregunta *¿A qué tuvo que renunciar cada uno al formar esta pareja?*, abre diálogos importantes que reconectan a la pareja. Del mismo modo, trabajar las temáticas y sentimientos de exclusión del miembro de la pareja que es padrastro/madrastra es un foco temático ineludible.

Dado el entrelazamiento de la conyugalidad con la parentalidad, es necesario, para aumentar la satisfacción marital, ayudar en la definición de una ubicación y un rol claro del padrastro/madrastra con su hijastro/a. Sabemos que gran parte de los conflictos entre los miembros de la pareja tienen que ver con el reclamo del padre o madre respecto del rol que adopta la pareja en relación con la crianza y control de sus hijos. En este mismo foco, debe considerarse el apoyo a la pareja en la negociación y acuerdo, en lo relativo a los temas vinculados al poder, la justicia y la confianza. Habitualmente hay una percepción diferente entre los miembros de la pareja de lo que es justo en el trato con los míos, los tuyos y los nuestros, con el aporte económico a la vida familiar, con los privilegios de los hijos e hijastros, entre otros. Lo más relevante es ayudarlos a encontrar un consenso, respecto de lo que para esta pareja será “lo justo”.

El terapeuta debe ser un facilitador

de diálogos en torno a estos temas, e intervenir de una manera en la que pueda ir modificando progresivamente el patrón de evitación y retirada que predomina en la comunicación y resolución de conflictos de la pareja.

Las parejas ensambladas requieren muchísimo diálogo y “ojos abiertos”. Todo aquello que para las familias nucleares tiene cierta transparencia y obviedad, en las familias ensambladas implica una reflexión y análisis de aspectos que no fueron ni vistos ni pensados, sino hasta que se presentaron.

El éxito de las parejas ensambladas no solo depende de cómo transcurran y se apoyen en la terapia los diferentes procesos psicológicos involucrados. El éxito del ensamblaje requiere de una importantísima cuota de generosidad. Si bien el amor que se tenga la pareja ayuda, no es suficiente para garantizar el éxito del proceso. Generosidad para permitir el desarrollo de un vínculo del que uno de los miembros de la pareja queda a ratos excluido, para no hacer diferencias injustificadas entre “mis hijos” y “sus hijos”, para postergar la satisfacción de necesidades propias y de pareja, frente a la fuerte demanda que significan las necesidades de varios niños en etapas diferentes de desarrollo. Generosidad para aceptar que el bienestar de los hijos requiere de la integración de padres/madres y padrastros/madrastras en la tarea. La terapia debe dar espacio al diálogo de valores. El terapeuta debe facilitar que emerjan los valores que pueden ayudar a sostener los esfuerzos que cada uno de los miembros debe hacer para que “haberse elegido como pareja” tenga sentido. Para trabajar con estas parejas, el terapeuta debe tener entre sus valores el reconocimiento y valoración de la diversidad familiar y la creencia de que es posible crear lazos,

vincularse y comprometerse más allá de la consanguineidad.

Termino recordando una frase de los pioneros en el trabajo con parejas y familias ensambladas, respecto a la definición de familias ensambladas exitosas. “Aquellas que han manejado con efectividad las exigencias, de un modo tal que la mayoría de los integrantes del hogar están generalmente satisfechos con su nueva constelación familiar” (E. Visher y Visher, 1993).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Affifi, T. D. & Schrod, P. (2003). Uncertainty and the avoidance of the state of one's family in stepfamilies, post-divorce single-parent families, and first-marriage families. *Human Communication Research*, 29(4), 516–532. doi:10.1111/j.1468-2958.2003.tb00854.x
- Atwood, J. (2012). Couples and Money: The Last Taboo. *The American Journal of Family Therapy*, 40(1), 1–19. DOI: 10.1080/01926187.2011.600674
- Bernstein, A. (2000). Reconstruyendo a los hermanos Grimm: nuevas narraciones para las familias ensambladas. *Sistemas Familiares*, (1) 23-37.
- Burt, M. (2007). Diferencias entre las familias ensambladas. En M. Burt (comp.), *Cómo salir adelante con una familia ensamblada. Ocho pasos para una buena convivencia familiar* (pp. 27-34). Buenos Aires, Argentina: Asociación Sistémica de Buenos Aires.
- Cáceres, C., Manhey, C. y Raies, A. (2004). *Comprensión Sistémico-Relacional del Proceso de Separación*

- Conyugal. *De Familias y Terapias*, 18, 31-54.
- Cáceres, C., Manhey, C. y Vidal, C. (2009). Separación, pérdida y duelo de la pareja: reflexiones imprescindibles para una terapia de divorcio. *De Familias y Terapias*, 27, 41-60.
- Chong, N. (2013). ¿Y dónde está la pareja?. Un dilema frecuente en las relaciones de pareja de las familias ensambladas. *Revista Sistemas Familiares y otros Sistemas Humanos*, 29(1), 16-24.
- Contreras, V. (2006). Familias Ensambladas. Aproximaciones histórico-sociales y jurídicas desde una perspectiva construccionista y una mirada contextual. *Portularia*, 6(2), 139-149.
- Davison, D. (2004). *Familias ensambladas: Mitos y realidades de los tuyos, los míos y los nuestros*. Argentina: Ediciones B. Argentina S.A.
- Falke, S. & Larson, J. (2007). Premarital Predictors of Remarital Quality: Implications for Clinicians. *Contemporary Family Therapy*, (29), 9-23 doi 10.1007/s10591-007-9024-4.
- Fernández, G. (2013). Los hijos del otro, amores contrariados. *Sistemas Familiares y otros Sistemas Humanos*, 29(1), 25-42.
- Fernández, S. (2016). *Relación Jurídica de la Familia Ensamblada en el Perú y en el Derecho Comparado* (Tesis de maestría). Universidad Católica de Santa María. Arequipa, Perú.
- Garneau, Ch., Higginbotham, B. y Adler-Baeder, F. (2015). Creencias sobre los segundos matrimonios como predictoras de la calidad de la relación marital y la interacción positiva en parejas con familias ensambladas: un modelo de interdependencia actor-pareja. *Family Process*, 54(4), 1-18. doi: 10.1111/famp.12153.
- Gibson, D. (2013). Ambiguous roles in a stepfamily: using maps of narrative practices to develop a new family story with adolescents and parents. *Contemporary Family Therapy*, (35), 793-805. doi 10.1007/s10591-013-9258-2.
- Gold, J. (2016). Understanding the experiences of husbands in step-couples. *Family Journal*, 24(4), 415-419.
- Halford, K., Nicholson, J. y Sanders, M. (2007). Couple communication in stepfamilies. *Family Process*, 46(4), 471-483.
- Higginbotham, B., & Agee, L. (2013). Endorsement of remarriage beliefs, spousal consistency, and remarital adjustment. *Marriage & Family Review*, 49, 177-190.
- Knobloch, (2008). The content of relational uncertainty within marriage. *Journal of Social & Personal Relationships*, 25(3), 467-495.
- Knudson-Martín, C. (2013). Por qué es importante el poder: crear una base de apoyo mutuo en las relaciones de pareja. *Family Process*, 52(1), 5-18. doi: 10.1111/famp.12011.
- Linares, J. L. (2010). Paseo por el amor y el odio: la conyugalidad desde una

- perspectiva evolutiva. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, XIX, 75-81.
- Martínez, A. (2013). Familias en proceso de ensamblaje. *Sistemas Familiares y otros Sistemas Humanos*, 29(1), 43-63.
- Michaels, M. L. (2006). Factors that contribute to stepfamily success: a qualitative analysis. *Journal of Divorce & Remarriage*. 44(3/4), 53-66.
- Michaels, M. L. (2007). Remarital issues in couple therapy. *Handbook of Clinical Issues in Couple Therapy*, (1-2), 125-139. doi: 10.1300/J398v06n01_11
- Pacey, S. (2005). Step change: the interplay of sexual and parenting problems when couples form stepfamilies. *Sexual & Relationship Therapy*, 20(3), 359-369.
- Papernow P. (2007). Etapas para llegar a constituir una familia ensamblada. En M. Burt (comp.), *Cómo salir adelante con una familia ensamblada. Ocho pasos para una buena convivencia familiar* (pp. 45-71). Buenos Aires, Argentina: Asociación Sistémica de Buenos Aires.
- Papernow, P. (2015). Therapy with couples in stepfamilies. En: *Clinical Handbook of Couple Therapy*. 5ª Edition. P. 467-488 Edited by A. Gurman, J. Lebow & D. Snyder. Edit. Guilford.
- Papernow, P. (2018). Clinical guidelines for working with stepfamilies: what family, couple, individual, and child therapists need to know. *Family Process*, 57(1), 25-51. doi: 10.1111/famp.12321.
- Pasley, K., Rhoden, L., Visher, E. y Visher, J. (1996). Successful stepfamily therapy: clients' perspectives. *Journal of Marital & Family Therapy*, 22(3), 343-357.
- Schrodt, P. & Braithwaite, D. (2011). Coparental communication, relational satisfaction, and mental health in stepfamilies. *Personal Relationships*, 18(3), 352-369. doi: 10.1111/j.1475-6811.2010.01295.x
- Shapiro, D. (2014). El estrés de la parentalidad ensamblada: roles de género, calidad de la relación marital y creencias sobre los roles de género. *Family Process*, 53(1) 1-15. doi: 10.1111/famp.12062
- Tapia, L. (2001). Algunas consideraciones para una terapia de parejas basada en la evidencia. *Revista de Familias y Terapias*, 9(14-15), 7-30.
- Visher, E. y Visher J. (1993). Dinámicas de las familias ensambladas exitosas. *Sistemas Familiares*, 9 (2), 69-75.
- Wilder, S. (2012). A comparative examination of reasons for and uses of uncertainty and topic avoidance in first and remarriage relationships. *Journal of Divorce & Remarriage*, 53(4), 292-310. DOI: 10.1080/10502556.2012.671660.
- Wood, S. (2015). Rearranging the puzzle: working systemically with stepfamilies when parents re-partner. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 36(2), 245-257 DOI: 10.1002/anzf.1106.
- Zeballos, R. (2013). Familias ensambladas, retos y desafíos en la terapia. *Revista Sistemas Familiares y otros Sistemas Humanos*, 29(1), 7-15.